

Buenas tardes, soy Pedro Mariné, y en nombre de Ediciones de La Discreta les agradezco y valoro en muy alto grado su efectiva presencia en estos tiempos sin tiempo.

No tengo la facilidad de palabra de quienes cumplen habitualmente estas funciones de presentación de actos y representación de la editorial, pues casi todos ellos son magníficos profesionales de la enseñanza de las letras, lo que no es mi caso. Les pido, pues, disculpas de antemano por la osadía que supone el haber aceptado esta responsabilidad en este acto y que me refugie en la seguridad de unas cuartillas impresas.

Pero aunque con fundamentado temor, lo hago con gran satisfacción y orgullo, porque Emilio Gavilanes es un excelente escritor, y *Una gota de ámbar* una gran obra.

Tanto a título personal como para la editorial es un honor y un privilegio contar con dos obras de Gavilanes en nuestro catálogo: *El Río*, y *la Gota*. Como es mucha nuestra sed, confiamos en que la fuente continuará manando...

Les diré que el funcionamiento de nuestra modesta editorial, fundamentada en la suscripción –les recuerdo que, por tan sólo 35 €**al año** los Amigos de La Discreta reciben un mínimo de 5 publicaciones (a veces más) que realizamos anualmente, pero nótese bien, SOLO 5 o 6 publicaciones-, conlleva, dado el alto número de propuestas que por el contrario se reciben, una ardua y exigente labor de criba para decidir qué se publica, tarea harto más complicada dado el elevado número de socios que deciden. En efecto, la puesta en funcionamiento, desde la nada, de la editorial, exigió un amplio espectro de socios fundadores -25 inicialmente, ahora debemos de andar por los 30- y en su mayoría escritores –aunque algún chalado se coló, como yo-; y, aunque parte de ese amplio espectro de socios ha derivado, a la hora de dar el callo, en socio *spectral*, aún hay una rica multiplicidad de pareceres y opiniones en el seno de la editorial -que es la manera fina de decir que hay tremendo vocerío y algarabía.

Pues bien, Emilio Gavilanes pasó por esas angosturas (pocos libros a editar, aluvión de originales, muchas voces para decidir) sin aprieto de ninguna clase: tal fue el inmediato reconocimiento unánime por parte de los e-lectores editoescritores de nuestra querida y esforzada sociedad literaria.

En un pequeño aparte, les diré que yo considero a Gavilanes un escritor para lectores curtidos, “literatos”, si se me permite la expresión, lectores empecinados en el arte de leer, atentos, pausados, degustadores. Y no es que sea su prosa difícil, artificiosa, alambicada o abstrusa: todo lo contrario, es simple, directa y precisa; pero desde luego exige al lector algo más que su consumo rápido, en la moda de la Lit. que hoy triunfa en ventas. Lo de Emilio es un bocado exquisito, y eso, hoy por hoy, y por desgracia, es privilegio de un público minoritario. Pero no quiero fatigarles con las cuitas del mercado editorial; hablábamos de cómo rápidamente reconocieron grandes escritores de La Discreta la valía de Gavilanes.

Este reconocimiento, admiración y respeto lo despierta toda su producción, que se inició en 1991. Entonces, rondando los treinta años, se presentó con una novela (en Seix Barral) que narra la historia de una pandilla de niños desde la mirada de uno de ellos. Este tipo de novelas nos las ofrecen los autores ya consagrados, cuando ya han cumplido unos añitos, y siempre tienen un barniz de nostalgia. Nada parecido a lo que nos brinda *La primera aventura*, que así se llama esta opera prima, una obra llena de vitalidad, poesía, y humor. Una delicia, vaya.

La segunda entrega, en el año 2000, fue *El bosque perdido*, también en Seix Barral, una novela magnífica, para mí absolutamente emblemática. Se ambienta en una zona imaginaria, La Carballa, recreación de una zona natural en la frontera entre León y Zamora, cerca también de Galicia. Les recomiendo encarecidamente su lectura, su persecución en librerías (aún se puede pedir), o que la soliciten directamente a nuestra editorial, que sabrá hallar cauce para que puedan disfrutarla. Es, en sentido literal, una novela prodigiosa, mágica, maravillosa. *El Bosque Perdido*, Seix Barral 2000; ya ven que no nos duelen prendas a la hora de recomendar un libro de la “competencia”, estamos entre amigos: Ediciones de La Discreta es, ante todo, un espacio para compartir.

En 2004 Emilio Gavilanes recibe el Premio NH al mejor libro de relatos inéditos por la colección *La tabla del dos*. El premio NH era entonces y digo entonces por otro premio que voy a mencionar a continuación, el premio de cuentos mejor dotado y de más prestigio en España.

En el año 2005 nuestra editorial tiene el honor de publicar *El río*. No fuimos los únicos en apreciar su valor literario, sino que el jurado del Premio Setenil, en su tercera edición, lo selecciona como finalista junto con escritores de la talla de José María Merino y de Cristina Fernández Cubas. Este premio, al igual que el NH, tiene en cuenta todos los libros de relatos publicados en España a lo largo del año, con lo cual los que están ahí son los mejores, según ese jurado, claro está.

El río yo me atrevería a llamarlo libro de culto, uno no se puede lanzar a leerlo como el que se tira a una piscina (es Río de aguas bravas...) No es que su estilo sea más cuidado que los anteriores, porque su grado de exigencia estilística siempre ha sido máximo, pero quizás sus temas demandan del lector una complicidad erudita. *El río* es una sucesión de relatos ordenados cronológicamente desde la prehistoria hasta el futuro, pero no se trata de un libro de Historia, sino de historias mínimas, unas más reales otras filtradas por la imaginación de nuestro autor. Un libro que hay que leer con calma, con inteligencia, con el reposo de la meditación y de la conmoción. Es un libro que no deja indiferente y que conmociona. Para mí esta es una palabra que define bien la literatura de Emilio Gavilanes: conmoción. Y que de la misma manera podemos aplicar a su más reciente libro, *Una gota de ámbar*, que es el motivo principal de esta convocatoria.

Califiqué al inicio el libro que hoy presentamos como una “obra” intencionadamente, de manera indefinida a conciencia, puesto que Emilio Gavilanes se empeña en encontrar nuevas estructuras para la labor de narrar, y no podemos hablar, en el caso que nos ocupa, de novela corta, o cuento largo. Es, eso sí, prosa concentrada, esencial, articulada con miniaturas dispuestas como teselas de mosaico, o como vitrales coloridos de un rosetón de catedral gótica. Quizá tampoco cabría hablar de capítulos, son flashes de pocas páginas, y esas pocas páginas reflejan o se corresponden con escasos minutos del tiempo narrado. Obsérvese el minucioso detalle de no numerarlos, de no enumerarlos, porque ello podría llevar a la falsa impresión de que fueran momentos sucesivos, cuando en realidad se enmarcan todos ellos en un único momento. El autor captura el Instante en su multiplicidad infinita, y retrata el aislamiento en que vivimos, el fracaso de la comunicación, las islas de soledad en las que naufragamos incluso cuando tratamos de escapar volando, o intentándolo al menos.

Nos cuenta un momento, la sincronía de un edificio. Las historias son independientes, como lo es cada familia respecto a la de su vecino, contadas desde la perspectiva de varios personajes de la misma casa (pueden ser dos o incluso tres). Los habitantes de ese edificio son personas normales, que no destacan por nada: son padres,

madres, hijos, abuelos, amigos, parientes, nietos, novios, tíos, asistentes, etc. Los hechos cobran relevancia al coincidir y contrastar con otros simultáneos, como es el caso del adolescente que se masturba enfrente a la angustia de los padres por sacar a su hija de la habitación donde se había encerrado; o el de la mujer que plancha ajena a la tremenda historia que se está narrando en la radio. O que arrastran en su cotidianeidad pensamientos profundos, como en este relato de un hombre anciano en diálogo con su hijo (entresaco de las pp. 22-23):

“No me gusta nada ser viejo. Sí, sabes más cosas, tienes experiencia. Pero eso solo te vale para tratar con los de tu edad, que suelen ser unos carcamales y estar embrutecidos. No puedes compartir tu experiencia con los jóvenes, con tus nietos, por ejemplo, porque no la quieren, no la creen. Nadie quiere comida masticada. Y nadie quiere experiencia ajena. Quieren vivirla. Sé que cuando sean viejos dirán “qué razón tenía”, como yo lo digo ahora de mis abuelos. Pero cuando yo ya no esté, ¿de qué me servirá eso? La experiencia te aísla. –Se queda un momento pensativo.– Qué pronto ha llegado la vejez. Bueno, no pronto. Sino de golpe.

Sabía que un día me iba a morir, pero no me imaginaba que me iba a hacer viejo.

O en estos recuerdos escritos de una mujer (donde el autor se permite, a través de escritora interpuesta, grados de lirismo que destacan en la sobria prosa general): pp.69-70:

“Hace un momento estaba leyendo muy concentrada las poesías de ayer, cuando he oído por el patio una canción que hacía más de treinta años que no oía. ¡Más de treinta años! Y ha vuelto aquella noche con una nitidez que me he asustado. Aquella carretera y nuestras pisadas, acompasadas, rítmicas, aplastando la gravilla del arcén, la silueta siniestra de los árboles, el ruido lejano de la fiesta, inconstante, llevado y traído por un viento invisible, el murmullo refrescante del río, cada vez más cerca, el aroma de las jaras, como sudorosas, que exaltaba y sofocaba a la vez, que traía el recuerdo de los primeros calores, cuando parece inminente que ocurra algo maravilloso, y el riqui raca mineral de los grillos, el zumbido orgánico del campo, el calor aún enredado entre las hierbas, las estrellas, limpias, como sumergidas en un agua quieta, la brisa que se levantaba de repente y se internaba entre los árboles con misterio, y que durante un instante se metía entre la ropa, deslizándose por la piel, la explosión de las vainas de retama lanzando entre la hojarasca las semillas... Y de repente la canción que empezó a tocar la orquesta, que llegaba en rachas de distinta intensidad, que tuve la certeza de que era inolvidable y que hasta hoy no había vuelto a recordar [...]”

En fin, hay muchos aspectos interesantes en la propuesta que nos ofrece Emilio Gavilanes, pero aflorarán, a buen seguro, en las exposiciones que Paloma González Rubio, nuestra querida y entusiasta filóloga, nos ofrecerá, en lo que tenga a bien desvelarnos el propio Emilio, y en lo que uds. mismos entresaquen después al entablar el coloquio: el sentido escénico, el tratamiento teatral y cinematográfico; el protagonismo coral; los puntos de vista del narrador, etc. etc.

Yo sólo les haría una recomendación, que entenderán más después de haberla leído: cuando terminen vuelvan a empezar, como quien lee una poesía; y no es sólo que haya frases para enmarcar, como la que les acabo de leer, y que me fascina: “las

estrellas, limpias, como sumergidas en un agua quieta” sino que Poesía, Música, recurrencia, son , a mi modesto entender, cruciales en esta novela.

Voy, pues, a concluir mi intervención de acuerdo con mi profesión, resaltando el fuerte componente musical que hay en esta propuesta de Gavilanes.

En efecto, ya desde el acertado título se nos confronta entre el símbolo de vitalidad, de fluidez inmediata que es la Gota, frente a la consistencia pegajosa, estática y adhesiva, del ámbar. VIDA CONGELADA, Tiempo Detenido, que es en lo mismo que consiste, en definitiva, el hecho musical: la Música se sustenta, paradójicamente, en el Tiempo que la consume pero también la construye al desplegarse; conforme la estamos escuchando, la Música va desapareciendo, pero teje con ello -¡al mismo tiempo!- una telaraña imperecedera en la memoria del silencio...Por eso podemos hablar de una determinada sinfonía, o del tema de una película, aun cuando no esté delante de nosotros, y de estarlo, nunca abarcable en su totalidad...no es asequible de un vistazo, por así decir.

Y ese es, a mi juicio, el tono de partida y el resultado final de la en apariencia pequeña pieza que hoy presentamos; la construcción de la Gota es como la de una canción: sucesivas estrofas -de letra distinta pero con igual melodía- que desembocan todas ellas en único estribillo -misma letra y misma melodía-. Pero aquí, y esto es una genialidad, con la peculiaridad “malvada” de que ese estribillo al que se nos aboca nos es denegado, escamoteado una y otra vez, y sólo sonará al final, eso sí, con impactante estruendo.

En el resonante eco de ese estrépito se reconoce el estrecho acercamiento de la prosa de Gavilanes. a la Música y a la Poesía, en esa capacidad de evocar, de permanecer más allá de lo presente, de que perdure su sonoro sabor en nuestro interior cuando ya externamente esas melodías, esos versos, han agotado su existencia.

Pues eso, disfruten y difundan la gota de ámbar hasta agotarla, hasta agotar las existencias incluso, porque nos quedará muy buen sabor de boca a todos. Muchas gracias.